

## **Domingo 4 Adviento. Año b**

### **Lectio divina sobre Lc 1,26-38**

---

La anunciación del nacimiento de Jesús, sin estar centrado en María, nos la presenta hoy como ejemplo de acogida del Dios que viene. No le basta a Dios su empeño de encarnación; si no encuentra quien le dé confianza y le preste su vida, su vientre, difícilmente se nos hará el encontradizo. Prepararse a la navidad, inminente, sin caer en la cuenta de la responsabilidad del creyente hoy es simple inconsciencia: el Dios empeñado en hacérsenos prójimo anda en busca de quien, dándole fe, le preste su vida; no basta con saber que Dios tiene proyectos de salvación para el pueblo; si no se le concede espacio en la propia vida, jamás conocerá nuestro pueblo la salvación de Dios ni Dios se hará su uno más entre nosotros. Quien conoce que Dios quiere hacerse hombre, no puede silenciar este evangelio: habrá, como María, que silenciar los propios proyectos personales para que Dios realice el suyo. María nos recuerda que no para que haya navidad hacen falta creyentes: Dios, por más voluntad de salvación que tenga y más ganas de convertirse en hijo de mujer, sólo será concebido por quien lo asuma sin objeciones.

---

**En aquel tiempo, <sup>26</sup>el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, <sup>27</sup>a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.**

<sup>28</sup>El ángel, entrando en su presencia, dijo:

- «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.»

<sup>29</sup>Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél.

<sup>30</sup>El ángel le dijo:

- «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. <sup>31</sup>Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. <sup>32</sup>Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, <sup>33</sup>reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.»

<sup>34</sup>Y María dijo al ángel:

- «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?»

<sup>35</sup>El ángel le contestó:

- «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios.

<sup>36</sup>Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, <sup>37</sup>porque para Dios nada hay imposible.»

<sup>38</sup>María contestó:

-«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Y el ángel la dejó.

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

El episodio de Nazaret, una unidad literaria y teológica, narra la vocación de María y es, al mismo tiempo, anuncio de la salvación que Dios pretende realizar. María supo que Dios pensaba en salvar a su pueblo en el mismo momento en que conoció que Dios estaba contando con ella. El anuncio del nacimiento de Jesús coincidió, pues, con la invitación a ser madre de Dios; la salvación del pueblo, proyectada por Dios, concurría con la vocación de María, elegida de Dios.

La estructura formal del relato es clara: presentación de los personajes (Lc 1,26-27), aparición del ángel y reacción de la virgen al saludo (Lc 1,28-29), mensaje angélico y pregunta de María (Lc 1,30-34), respuesta del ángel y asentimiento de María (Lc 1,35-38a). La entrada del ángel (Lc 1,26a) y su salida de escena (Lc 1,38b) cierran un episodio donde él ha tenido siempre la iniciativa y María ha reaccionado a ella en progresión, con la contemplación (Lc 1,29), la pregunta (Lc 1,34) y el consentimiento (Lc 1,38). Tres veces el enviado le descubre a María el proyecto divino y otras tantas ella responde; a una mayor explicación de la propuesta corresponde una mayor aceptación de la demanda.

No es indiferente que el relato sea, bien mirado, la crónica de un diálogo. La palabra, del ángel y de María, es la protagonista: la vocación es un diálogo mantenido en el que la iniciativa parte de Dios; es El, a través de su enviado, quien elige a una virgen porque piensa en darle un salvador a su pueblo. La conversación no acaba hasta que se acaba la resistencia del llamado; entonces, quien hace la voluntad de Dios se hace con Dios, haciéndolo hijo.

#### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida.**

En el relato de Lucas María esta descrita como modelo de colaboración con Dios, que andaba buscando un modo de encarnarse: en su diálogo con el ángel podemos aprender, adivinándola incluso, la respuesta que Dios desearía encontrar en nosotros para hacérsenos próximo en estos días; porque si nos estamos preparando a nuestra navidad personal - ¿y qué es nuestra vida de fe sino un entrenamiento fatigoso para toparnos cara a cara con Dios? -, conviene que tomemos en serio cuanto Dios quiere decirnos, lo que desearía proponernos, lo que estaría dispuesto a concedernos; si nos declaramos dispuestos a aceptar su voluntad, es seguro que nos hará sentir su cercanía, hará que conozcamos sus deseos y pedirá

nuestra colaboración. Porque el Dios que nació de María quiere, - más aún, tiene necesidad de - colaboradores para hacerse presente y vivo en nuestro mundo, entre los hombres, ayer como hoy.

Este podría ser un primer punto de reflexión hoy y ojalá, también, un motivo para nuestra oración personal: darse cuenta de la necesidad que el Dios de la navidad siente de fieles que le crean, que le escuchen, cuando descubre su plan de encarnación entre los hombres. El Dios de María sigue buscando quienes le concedan un poco de atención y algo más de sus vidas. Tomar en serio esta urgencia divina puede convertirnos, como lo fue ya para María, en sorpresa inesperada (¡Dios me necesita para acercarse a mi mundo!) y en una tentadora propuesta (¿por qué no darle confianza y permitirle que entre a través nuestro en la vida de los nuestros?): un Dios así, tan necesitado como para necesitar de nosotros, se ha puesto a nuestra altura, merece nuestra confianza; un Dios así, que pide permiso para entrar en nuestra vida, que cuenta con nosotros para hacerse prójimo de los demás, es de fiar, merece más que respeto.

María se lo concedió un día; y hoy nosotros celebramos que se hiciera como uno de nosotros: ¡qué no estaría dispuesto a hacer hoy a través nuestro, de cada uno de nosotros, si consintiéramos con su voluntad y le concediéramos un lugar más amplio, más prominente, en nuestras vidas. Dios, que quiere encarnarse en nuestro mundo, sigue buscando creyentes que se declaren dispuestos, como María, a acogerlo sinceramente, con el corazón, totalmente, en sus vidas. Ante el ejemplo de María, tendríamos que preguntarnos si no debería cambiar algo en existencia cristiana, para que le fuera más fácil a nuestro Dios el venir al encuentro del hombre de hoy; mirando hoy a María, nos ha de cuestionar por qué Dios no se hace presente entre nosotros, por qué no le servimos de puente para que se haga presente en nuestro mundo.

Se está dando un proceso de paganización en nuestra sociedad, quizá también en nuestros corazones creyentes, porque se busca silenciar la presencia de Dios, en su voz y en sus exigencias: todos celebramos la Navidad, gastando quizá algo más de la cuenta, pero pocos se preguntan por el motivo de tanta fiesta. Los mejores sentimientos que solemos entrecruzarnos en estos días, a pesar de su sinceridad, no perdurarán más allá de estos días; y no es que haya que dudar de que hay razones objetivas para la alegría, motivos que avalen nuestros deseos de felicidad, es que no sabemos encontrarlos en el Dios que se hizo hombre por sernos más cercano. Celebrar de nuevo la Navidad, sin quedarse encantados por la voluntad de Dios de hacerse hombre es inútil pasatiempo.

Tenemos necesidad de paz, de reconciliación, de amor..., tenemos necesidad de Dios, en definitiva, si es que queremos que la paz, la reconciliación y el amor sean definitivos. Y en estos días parece que la necesidad se hace más grande y más intenso nuestro deseo de familiaridad; nosotros, los cristianos, no deberíamos sofocar estos sentimientos ni menospreciar esta íntima necesidad: esa, difusa pero presente en estos días, buena voluntad que nos domina, ese caer en la cuenta de que bien podríamos ser un poco mejores o que merecería la pena volver a intentar ser más humanos, proviene sin duda de Dios, que haciéndose hombre como nosotros nos dio un buen motivo para proponernos ser hombres mejores.

Nuestro mundo tiene necesidad, hoy más que nunca, de humanidad, de fraternidad, de respeto mutuo y de confianza recíproca. ¿Dónde nos metemos quienes creemos en el Dios-Hombre? ¿Cómo podremos celebrar las próximas fiestas, que recuerdan el gesto de un Dios que quiso ser hombre como nosotros, si continuamos evitando en nuestras relaciones humanas toda señal de confianza, cualquier prueba de humanidad, si sofocamos antes de nacer la voluntad de ir al encuentro del prójimo, si permanecemos lejos, afectivamente, de cuantos encontramos a diario o si, aún peor, nos alejamos efectivamente de cuantos viven en nuestro entorno? Creer en que Dios se nos hizo hombre implica convertirse al hombre, hacernos más humanos, para poder sentirnos cerca de Dios. Viviendo, en cambio, de forma consciente o no, alejados de los demás, no podemos celebrar la navidad como verdaderos creyentes. O mejor, la celebraremos como todos los demás, sin saber muy bien por qué y sin que cambien un ápice nuestras vidas.

Contemplando a María, como nos propone hoy la Palabra de Dios, nos daremos cuenta de que para confiar en Dios no es preciso tener las razones más convincentes, basta contar con las que Él nos quiera dar: su voluntad de ser hombre como nosotros, junto a nosotros, por medio nuestro, nos compromete, si le creemos, a darle un lugar, hacerle un espacio, en nuestra vida diaria, en el corazón. Si lo conseguimos, conseguiremos hacernos, como Él, más humanos, más próximos a los hombres; y Dios, por medio nuestro, se hará más próximo a cuantos viven junto a nosotros. La tarea de María, la madre de Jesús, puede ser nuestra también: creyendo como ella en el Dios que quiso hacérsenos hombre, seremos más humanos con los hombres y Dios se nos haría más cercano. No hay que dejar de ser hombres para ser más de Dios, puesto que creemos que Dios, en María, se hizo hombre. Esta es la razón de nuestra fiesta. Celebrémosla como se debe.